

Isidoro de María

EL BARBERO DE ANTAÑO
1804-1830

—Mi barbero era una alhaja, hablantín como todos los barberos, pero listo y divertido como ninguno. Con decir que era hijo de la tierra de María Santísima, basta —solía decir antaño un parroquiano de la barbería de la calle de San Pedro, a la vuelta del Reñidero de Gallos, que acostumbraba ir a hacerse la barba y echar, cuando se ofrecía, una cana al aire con el barbero. A eso le contestaba otro parroquiano de la barbería del tío Pepe: —Pues el mío no se queda atrás en eso de darle a la sin hueso mientras enjabona, asienta la navaja en su asentador de cuarta y media, y lo mantiene a uno con la bacía al cuello, enclavado en el sillón de vaqueta.

Para chascarrillos, cuentos verdes y chismografía del barrio, se pinta solo. Mire usted: es un lince, que todo lo pispa, una gaceta andante, que todo lo sabe, lo mismo lo de la partera, el Padre Guardián, o la Montañesa, que de las cosas de Bonaparte. Es entretenido y gana bien el real del afeitado.

Vamos, que el hombre entiende del oficio, y el pardillo Justo, que tiene de ayudante de navaja, no se queda atrás. A fe que tiene bien enseñado al muchachón.

Vea usted: cuando en ausencia del patrón me hace la barba me conversa por siete, mientras le da al jabón, y agua va y viene de la bacía haciendo espuma hasta las narices, y refriega que refriega la barba. Una vez preguntéle: —“¿Por qué tanta lengua al enjabonar?” —“Señor —contestóme el muy ladino—, porque así entretengo y se remoja bien la barba, para correr mejor la navaja”. De tal maestro, tal discípulo.

Pues señor, tantico más o menos, todos los del oficio eran cortados por la misma tijera. Barbero sin chistar, y mujer sin pico, decía el andaluz, échese usted a buscarlo.

Bien puede ser así, pero no seré yo, que no soy andaluz, quien lo diga; no por él, sino por ellas, aunque Napoleón dijera

que el mejor adorno de la mujer era el silencio, como si el gran capitán del siglo hubiera querido dar a entender con el dicho, que el pico no les sentaba bien. Cosas de Bonaparte. En todo caso lo que yo diría es: barbero mudo, tienda sin parroquianos. Eso sería bueno para el barbero de sí propio, como mi buen abuelo, que estando en su afeitado dándole a la navaja, Dios lo libre de conversar, ni que le contasen historias, por temor de algún tajillo.

Barberos hubo, y barberos hay, y algunos de la flor envido; pero venga uno a saber con certeza desde cuándo los hubo en la tierra, aunque sea de suponer que nuestro padre Adán tendría patillas y no sabemos cómo haría para afeitarlas, si quería parecer buen mozo.

Cuenta la tradición que los judíos se afeitaban con una especie de piedra-pómez, y que los griegos y los romanos se aplicaban a la barba cierto líquido corrosivo, que les producía con frecuencia enfermedades en la piel. Sería porque no habría barberos ni navajas de barba. Pero según noticias eclesiásticas muy curiosas que he leído, el año 700 tuvo principio el abrirse corona a los sacerdotes, y eso no podía hacerse sin navaja y barbero. Luego, cuando menos, en ese tiempo ya había barberos, aunque no fuese como el de Sevilla, *Fígaro quà, Fígaro là...*

Para eso nuestros charrúas y minuanes, que no necesitaban barbero, porque lo que les sobraba de pelo en las melenas, les faltaba de barba en la anchota cara, lampiña.

Y niegue el que quiera la ventaja de ser lampiño, que no necesita navaja ni barbero; aunque si todos lo fueran, mal negocio para el pobre barbero.

Como de gusto no se ha escrito, otros no estarían por ella, sino por entre patillas a lo Figueira o a la inglesa, o bigote a lo Víctor Manuel o Humberto, o tan siquiera a lo Misia Dolores, o Misia Carmen de antaño. Tan es así, que conocimos hasta pollitos de cara limpia y tersa, que andando tras el bocito o la chuleta, como llaman ahora, daban quehacer al barbero y a la navaja de barba, saltando de contentos al mirarse al espejo, viendo negrear siquiera el bigotito de gallo.

Dígase lo que se quiera del barbero en lo antiguo y en lo moderno, fue un tipo útil y entretenido en su oficio, de hacer la

barba al prójimo y pelar, aunque algunos trasquilasen. El caso era meter tijera a la chasca, o al pelo largo, aunque en los tiempos de antigua data, no entrasen por esa gracia los de trenza, como el buen viejo don Felipe que murió con ella, queriéndola tanto como las muchachas las suyas, generalmente tan hermosas y largas antes, con la pomada de caracú, que las ostentaban hasta de más de una vara de largo, o hasta el ruedo del vestido las bajas de estatura. Pocas son ahora las que pueden lucirlas, no sé si gracias a los aceites y cosméticos, o al Tónico Oriental tan cacareado. La moda hoy es a pelo seco, nada de grasitud, que embroma la gorra o el sombrerito y la funda de la almohada.

Y a propósito de trenzas o cabelleras, viene a pelo, pues que de pelos se trata, el hecho raro, o como ustedes quieran llamarle, de haberse encontrado una rubia y bella cabellera perfectamente conservada entre los restos de un cuerpo que contaba por lo menos medio siglo de enterrado en San Francisco, cuando se demolió esa iglesia, allá por el año 60. Mucho se habló de ese sorprendente hallazgo dentro del ataúd, y vive todavía el que lo encontró en la excavación, que no me dejará mentir, el buen anciano don J. Ignacio Fernández.

Hasta el año 16 eran pocos los barberos que había aquí, y contaditas las barberías de aspecto tan lucido como pueden ustedes figurarse de un cuarto a la calle, con una bacía de lata colgada de seña a la puerta, y una cortinita de zaraza de tapapuerta, dos o tres sillas de vaqueta, un lavatorio de morondanga, un espejito, un paño colgado, la bacía, el jabón, las navajas, las tijeras, el peine, un pocillo de pomada, un par de pañitos para limpiar la navaja, la piedrita de afilar, un asentador mayúsculo, otro de palo de pita, y algún otro cachivache.

Con tales elementos, por lo común, debían ser como a pedir de boca las barberías de antaño. Pero los pobres barberos, incluso el del hospital, hacían por la riña, pues a falta de parroquianos y de alguna muela que sacar, aunque fuese con carrillo y todo, se entretenían en hacer sus cigarrillos y matar el tiempo charlando con el vecino.

El negocio era poco con las barbas, y eso que tenían que hacerla incluso el bigote, porque en aquel tiempo nadie lo usa-

ba, sino los militares; y por supuesto, la barba cortada y no entera, que no era de uso. Lo que más le producía era la lanceta, porque las sangrías estaban en auge en el sistema curativo, y el barbero sangrador sacaba siquiera provecho en eso del oficio, tanto más cuanto que entonces no habían aparecido en escena las sanguijuelas de ninguna clase, ni aun las vestidas y calzadas, para chupar la sangre al prójimo, que conocerán ustedes fresquitas, según las crónicas de más moderna data.

La costumbre antigua, desde la época colonial, era afeitarse cada cual, y no había persona de mediana posición que no tuviese su estuchecito de navajas y su espejito para hacerse la barba, en cuanto se levantaba, antes del chocolate o del mate. Así era que poco le daban que hacer al barbero.

¡Y qué prácticos eran los viejos y los mozos de aquel tiempo, en el manejo de la navaja de barba, sin haber aprendido el oficio de barbero! Se afeitaban tan bien, que ni Martínez, ni Arroyo Ginés, ni el colombiano de grandes sellos de Canelones, maestros después en el oficio, les ganaban. Me acuerdo de algunos un tantico presumidos, que después del afeitado se peinaban la patilla con un peinecito de carey, que daba gusto. Y como lo que se hereda no se hurta, o lo que se aprende cuando mozo no se olvida del todo, apostaríamos a que hay todavía algún anciano, peripuesto y frescachón, que no se olvida de sus tiempos, peinando su patilla cana, como don Manuel, el vecino de enfrente, o don Policarpo.

Aquella buena costumbre de nuestros mayores, tenía la ventaja de no exponer el pescuezo a un resbalón de mano ajena, y sobre todo, de ponerse enteramente a cubierto de que los vacunasen las navajas de los barberos, trasmitiéndoles sin querer con ellas, los malos humores de otros, ocasionándoles enfermedades en la piel, parecidas a las de los griegos y romanos con el líquido corrosivo.

El mundo marcha, y así marchara el barbero de antaño mejorando poco a poco. Lo que es por aquí, desde la venida de los portugueses empezó a cambiar la cosa, aumentando los parroquianos y el trabajo, dando lugar al establecimiento de más barberías y mejor arregladas, como aquella que se abrió en la calle

de San Carlos, en los bajos de la casa de Arraga, y aquella otra de la calle de San Pedro, cerca del Coliseo, y para más lucir, el maestro Andrés, con los honores de peluquero, que bastante tuvo que manejar el fierro para erizar a las de tono.

Vino más tarde el peinado a la romana, y ya tuvieron que hacer las tijeras de los barberos o pichones de peluqueros con las muchachas a la moda.

La cosa empezó desde entonces a pintar de otro modo, y conocimos barbero tan pelechado, que tiró al diablo las navajas de antaño y se hizo propietario. Es tradicional la Quinta del Barbero, allá por el Pantanoso, que no quiso saber más de barbería, hallándose mejor con sus plantíos que con las navajas de barba y tijeras de cortar el cabello. ¡Oh, y qué buenas comilonas hubo en ella!

Sobre todo, vino a ser histórica el año 26, cuando la acción del Cerro; porque ha de saberse que en ella fue la emboscada de los patriotas en armas de esa época, quienes abriéndose paso en la noche por el cercado, monte y zanja, cargaron a los Mineros de la guarnición del Cerro en la fajina, y me los pusieron en derrota, cantando victoria los del No. 9 a las órdenes del coronel Oribe.

Ahí tienen ustedes un barbero de antaño, afortunado, aquí por casa, que si no alcanzó en su oficio el título de Marqués de Queluz, con que distinguió el rey de Portugal don Miguel al suyo por sus habilidades, conquistó el de honrado y laborioso obrero en su oficio.

Peor fue Bejarano, el barbero de Francia, dictador del Paraguay, que fuese por su color o porque chiflaba, acabó por recibir del tirano 200 zurriagazos en la plaza de la Asunción. ¡Pobrecillo!

No se hizo para él ni para los de antaño el cántico del "Barberillo de Lavapié".

Para un barbero en su oficio
eso no trae desventaja,
que cuanto más jabonantes,
corre mejor la navaja.

De peluqueros nada dijo la voz del Sinaí; pero sí mi cartera,

que apuntó a Mr. Julio y a Casenave entre los primeros de los modernos del oficio, que manejaron el fierro.

Se acabaron las bacías y el jabón de España. Vinieron las pastas, los polvos, los pulverizadores y tantas otras cosas de moderno uso, que dejarían con la boca abierta al barbero de antaño.

LA ESCLAVITUD Y LAS LAVANDERAS

La falta de brazos decidió al gobierno del rey a promulgar la Real Cédula del año 1791, favoreciendo a los buques de cualquier bandera que introdujesen esclavitud en las colonias. Esa franquicia fomentó tanto el tráfico de esclavos, que en tres años se introdujeron 2.689 africanos, por el solo puerto de Montevideo. Los esclavos se vendían a 200 y 300 pesos cada uno.

La venida de buques negreros dio lugar a la creación de la Junta de Sanidad y a la visita respectiva de las embarcaciones importadoras, porque generalmente venían sarnosos.

La compañía llamada de Filipinas, que era la que más esclavitud introducía, estableció por el año 98 el llamado Caserío de los Negros, para depositarlos allí por vía de cuarentena. Ese edificio fue construido en una altura entre la barra del arroyo Miguelete y el Arroyo Seco, cerca de la costa del mar. Venía a quedar a los fondos de la chacra conocida desde el año 22 por de Morello.

Otro depósito particular hubo para el mismo objeto en el Arroyo Seco, en el edificio conocido por de don Antonio Pérez, frente a los grandes médanos que existían en esa parte de la costa. Se les sometía por algún tiempo a los baños de mar hasta su curación.

El año 3 había subido tanto la cifra de la esclavitud que constituía una tercera parte de la población naciente de Montevideo. Fuese por el rigor de los amos, o alentada por el crecido número que formaba, empezó a insubordinarse, huyendo una parte de ella al campo y aun cometiendo algunos atentados, por

cuyo motivo acordó el Cabildo mandar levantar una horca en la plaza para imponerla y contener sus desmanes.

Los hombres de color esclavos eran destinados generalmente por sus amos al trabajo de peones en sus establecimientos de industria, y las mujeres al servicio doméstico.

El lavado era desempeñado especialmente por éstas. Desde que se abrían los portones de la ciudad, salían en grupos las pobres negras lavanderas, con el atado de ropa a la cabeza, a que agregaban muchas la consabida batea, al lavadero de la Estanzuela y pozos de la Aguada, al lavado de las ropas, teniendo buen cuidado de emprender el regreso antes de puesto el sol, hora en que se cerraban los portones.

Más de una vez sucedió que demorando algo en el camino al regreso, algunas pobres lavanderas llegaban tarde, encontrándose con el portón cerrado, teniendo que pernoctar fuera de los muros a espera del día siguiente en que se abriesen los portones. Y gracias si no les esperaba algún castigo del amo.

Abundaban las ratas en las basuras que se arrojaban fuera de los muros, y hubo vez que algunas de las infelices lavanderas, durmiendo al raso, despertaron mordidas por las ratas.

¡Los esclavos! Triste condición la de aquellos seres, condenados a servir al comercio humano, que a medida que subía el interés de sus brazos, aumentaba su precio, vendiéndose hasta en 400 y aun 500 pesos cada esclavo en el primer cuarto de este siglo.

¿Y los castigos? Lo mismo en tiempo del coloniaje, que en el de la dominación portuguesa, era costumbre aplicar crueles castigos a los que fugaban del poder de sus amos, se insubordinaban o cometían algún robo. Se les llevaba a la cárcel del Cabildo y allí, atados de pies y manos a la escalera del martirio, se les aplicaba desde 25 hasta 300 azotes, mandándolos después al Hospital para su curación. Aquella flagelación era bárbara, hija de los tiempos que la autorizaban. La ley patria vino a abolir la pena de azotes; pero las dianas con música, en cierta época, la burlaron.

En lo antiguo, larga fue la noche de la esclavitud de la raza africana, tan sufrida y tan fiel por lo común a sus buenos amos;

hasta que alumbró para ella, en la región oriental del Plata, el sol de la libertad, declarando la ley: "No hay esclavos en la República".